

## **Sermón Tres. EL TIEMPO DE NOÉ Y EL NUESTRO.**

Texto: «Pero de aquel día y de la hora nadie sabe, ni aun los ángeles de los cielos, sino solo mi Padre. Mas como en los días de Noé, así será también la venida del Hijo del Hombre.» (Mateo 24:36, 37)

El discurso profético de Mateo 24 y 25 fue dado por nuestro Señor en respuesta a la pregunta de sus discípulos: «¿Cuándo serán estas cosas, y qué señal habrá de tu venida, y del fin del siglo?» (Mateo 24:3). Aquí hay dos preguntas; una relacionada con la destrucción de Jerusalén; la otra con la segunda venida de Cristo. El texto se refiere a esta última.

Creemos solemnemente que el día y la hora, e incluso el año, del segundo advenimiento están deliberadamente ocultos. Algunos de los períodos proféticos alcanzan hasta el tiempo del fin, mientras que otros se extienden aún más cerca del fin mismo, hasta un evento del cual hablaremos más adelante, pero ninguno de ellos llega a la venida del Hijo del Hombre. Las profecías señalan claramente el período del segundo advenimiento, pero no dan el tiempo definido de ese evento. Pero muchos suponen que el texto prueba que nada puede saberse del período del segundo advenimiento. En esto yerran grandemente, como puede verse por las siguientes razones:

1. Porque nuestro Señor, después de afirmar que el sol se oscurecería, y que la luna no daría su luz, y que las estrellas caerían del cielo, da la siguiente parábola contundente, y hace la aplicación más clara de ella a este tema. Él dice: «De la higuera aprended la parábola: Cuando ya su rama está tierna, y brotan las hojas, sabéis que el verano está cerca. Así también vosotros, cuando veáis todas estas cosas, sabed que está cerca, a las puertas.» (Mateo 24:32, 33). Ningún lenguaje puede ser más directo. Ninguna prueba puede ser más completa. La incredulidad más osada difícilmente se atreverá a negar estas palabras del Hijo de Dios, y a afirmar que nada puede saberse del período de su segunda venida.

2. Porque nuestro Señor declara que como en los días de Noé, así también sería la venida del Hijo del Hombre. Dijo Dios a Noé: «No contendrá mi espíritu con el hombre para siempre, porque ciertamente él es carne; mas serán sus días ciento veinte años.» (Génesis 6:3). El período del diluvio le fue dado al patriarca. Y bajo la providencia directa de Dios, preparó el arca y advirtió a la gente. Así, las profecías que se cumplen y las señales declaran claramente que la segunda venida de Cristo está a las puertas, y el solemne mensaje ha salido.

3. Aquellos que afirman que el texto prueba que nada puede saberse del período del segundo advenimiento, lo hacen probar demasiado para su propia incredulidad. Como registra Marcos, la declaración dice: «Pero de aquel día y de la hora, nadie sabe; ni aun los ángeles que están en el cielo, ni el Hijo, sino solo el Padre.» (Marcos 13:32). Si el texto prueba que los hombres no sabrán nada del período del segundo advenimiento, también prueba que los ángeles no sabrán nada de él, y también que el Hijo no sabrá nada de él, ¡hasta que el evento ocurra! Esta posición prueba demasiado, por lo tanto, no prueba nada al respecto. Cristo sabrá del período de su segundo advenimiento a este mundo. Los santos ángeles que esperan alrededor del trono del Cielo para recibir mensajes relativos a la parte que desempeñan en la salvación de los hombres, sabrán el tiempo de este evento final de la salvación. Y así también lo entenderá el pueblo de Dios que espera y vigila.

Una antigua versión inglesa del pasaje dice: «Pero ese día y esa hora nadie los hace saber, ni los ángeles que están en el cielo, ni el Hijo, sino el Padre.» Esta es la lectura correcta, según varios de los críticos más capaces de la época. La palabra *saber* se usa aquí en el mismo sentido que Pablo le da en 1 Corintios 2:2: «Pues me propuse no saber [hacer saber] nada entre vosotros, sino a Jesucristo, y a este crucificado.» (1 Corintios 2:2). Los hombres no harán saber el día y la hora, los ángeles no lo harán saber, tampoco el Hijo; pero el Padre lo hará saber.

Dice Campbell: «Macknight argumenta que el término *saber* se usa aquí como un causativo, en el sentido hebreo de la conjugación hiphil, es decir, *hacer saber*... Su [de Cristo] respuesta es justo equivalente a decir: El Padre lo hará saber cuando le plazca; pero no ha autorizado al hombre, ni al ángel, ni al Hijo, a

hacerlo saber. Precisamente en este sentido Pablo usa el término *saber*: «Fui a vosotros haciendo saber el testimonio de Dios; porque me propuse no hacer saber nada entre vosotros sino un Cristo crucificado.» (1 Corintios 2:2)».

Albert Barnes, en sus *Notes on the Gospels*, dice: «Otros han dicho que el verbo traducido como *saber* significa a veces *hacer saber*, o *revelar*, y que el pasaje significa: ‘ese día y esa hora nadie los hace saber, ni los ángeles, ni el Hijo, sino el Padre’. Es cierto que la palabra tiene a veces ese significado, como en 1 Corintios 2:2.»

El Padre dará a conocer el tiempo. Él dio el período del diluvio a Noé, lo cual representa bien la proclamación del segundo advenimiento, dada en conexión con la evidencia de la terminación de los períodos de Daniel, durante el gran movimiento Adventista de 1840-44.

Y cuando la obra del patriarca de advertencia y construcción terminó, Dios le dijo: «Entra tú y toda tu casa en el arca.» (Génesis 7:1) «Porque dentro de siete días yo haré llover sobre la tierra cuarenta días y cuarenta noches.» (Génesis 7:4). Así, cuando el tiempo de esperar, vigilar, llorar y trabajar haya terminado, y todos los santos estén sellados y encerrados con Dios, entonces la voz del Padre desde el Cielo dará a conocer el tiempo definido.

Al mirar hacia el gran movimiento Adventista, a la amarga decepción de 1844, y a los numerosos esfuerzos por ajustar los períodos proféticos por parte de muchos de los adventistas del primer día desde ese momento, y las numerosas decepciones que han seguido, no podemos sino sentir la fuerza de las palabras del profeta: «Hijo de hombre, ¿qué proverbio es este que tenéis vosotros en la tierra de Israel, que dice: Se prolongan los días, y parece toda visión? Diles, por tanto: Así ha dicho Jehová el Señor: Haré cesar este proverbio, y no lo usarán más como proverbio en Israel; diles, pues: Se han acercado los días y el cumplimiento de toda visión. Porque no habrá más visión vana, ni adivinación lisonjera en medio de la casa de Israel. Porque yo Jehová hablaré, y la palabra que hable se cumplirá; no se prorrogará más; sino que en vuestros días, oh casa rebelde, hablaré palabra y la cumpliré, dice Jehová el Señor.» (Ezequiel 12:22-25).

«Yo hablaré», dice Jehová, «y la palabra que yo hable se cumplirá.» La voz de Dios se escuchará desde lo alto en medio de las escenas terribles que preceden al segundo advenimiento. «Y el séptimo ángel derramó su copa por el aire; y salió una gran voz del templo del cielo, del trono, diciendo: ¡Hecho está!» (Apocalipsis 16:17). Véanse también (Joel 3:16; Jeremías 25:30).

La carga de la profecía de Ezequiel, citada arriba, es evidentemente el tiempo. «Se prolongan los días, y perece toda visión.» (Ezequiel 12:22). Dios hará cesar este proverbio, hablando Él mismo. De esta manera, el Padre dará a conocer el tiempo, una obra no entregada en manos de hombres, ángeles, ni siquiera del Hijo.

El presente es enfáticamente el tiempo de esperar y vigilar. Es el período especial de la paciencia de los santos. En un tiempo definido encontraríamos alivio del estado de suspenso al que nos somete nuestra posición actual. El Señor nos interpela así: «Velad, pues, porque no sabéis cuándo vendrá el señor de la casa; si a la tarde, o a la medianoche, o al canto del gallo, o a la mañana; no sea que viniendo de repente, os halle durmiendo. Y lo que a vosotros digo, a todos digo: Velad.» (Marcos 13:35-37).

Una de las consecuencias fatales de no vigilar se establece claramente en Apocalipsis 3:3. «Si, pues, no velas, vendré a ti como ladrón, y no sabrás a qué hora vendré sobre ti.» (Apocalipsis 3:3). La consecuencia de no vigilar será la ignorancia del tiempo. ¿Cuál será la consecuencia de vigilar? La inferencia es inevitable: que será un conocimiento del tiempo. En respuesta a la agonizante oración del Hijo de Dios: «Padre, glorifica tu nombre», (Juan 12:28a) vino una voz del Cielo, diciendo: «Lo he glorificado, y lo glorificaré otra vez.» (Juan 12:28b). Los discípulos entendieron estas palabras del Cielo, mientras que la gente que estaba allí dijo que había tronado. (Juan 12:27-29). Así también los discípulos de Cristo que esperan y vigilan entenderán la voz de Dios cuando Él hable desde lo alto. Pero el mundo incrédulo no entenderá la voz. «Los impíos procederán impiamente, y ninguno de los impíos entenderá; pero los sabios entenderán.» (Daniel 12:10).

Al comparar los días de Noé y los nuestros, el Señor continúa: «Porque como en los días antes del diluvio estaban comiendo y bebiendo, casándose y dándose en casamiento, hasta el día en que Noé entró en el arca, y no entendieron hasta que vino el diluvio y se los llevó a todos, así será también la venida del Hijo del Hombre.» (Mateo 24:38-39). Aquí se traza un cuadro de la condición actual de la masa de la humanidad. ¡Cuán oscuros los rasgos! La gente de la última generación será como la de antes del diluvio, mientras se preparaba el arca. Noé predicó y les advirtió del diluvio venidero, y ellos se burlaron. Él construyó el arca, y ellos se mofaron y se rieron. Fue un predicador de justicia. Sus obras estaban calculadas para dar filo y calar hondo en el corazón de lo que predicaba. Cada sermón justo, y cada golpe asestado en la construcción del arca, condenaba a un mundo descuidado y burlón. A medida que el tiempo se acercaba, la gente era más descuidada, más endurecida, más osada e insolente, y su condenación más segura. Noé y su familia estaban solos. ¿Y podría una familia saber más que todo el mundo? El arca es objeto de ridículo, y Noé es considerado un *fanático obstinado*.

Pero el Señor llama a Noé al arca. Y por la mano de la Providencia las bestias son guiadas al arca; y el Señor cierra a Noé dentro. Esto es considerado al principio por la multitud burlona como algo maravilloso; pero pronto es explicado por los más sabios, para calmar sus miedos, y respiran con más facilidad.

El día de la expectación finalmente llega. El sol sale como de costumbre, y los cielos están despejados. «¿Y dónde está ahora el diluvio del viejo Noé?», se escucha de mil labios impíos. Es un día de festines y deportes inusuales. El agricultor cuida de sus rebaños y tierras, y el mecánico persigue su trabajo de construcción. En este mismo día, algunos se unen en matrimonio. Y mientras todos miran hacia largos años de futura prosperidad y felicidad, de repente los cielos se oscurecen. El miedo llena cada corazón. Las ventanas de los cielos se abren, y la lluvia descende en torrentes. «Fueron rotas todas las fuentes del grande abismo», (Génesis 7:11) y aquí y allá brotan ríos de aguas. Los valles se llenan rápidamente, y miles son arrastrados a la muerte. Algunos huyen a los

puntos más altos de la tierra; pero el agua los sigue rápidamente. Los hombres llevan a sus esposas e hijos a las montañas, pero se ven obligados a separarse de ellos allí para que se ahoguen, mientras ellos trepan a los árboles más altos. Pero pronto ellos también son cubiertos por el agua, de modo que no hay lugar de descanso para la paloma de Noé. Todos permanecen inmóviles en la muerte. ¡Muerte horrible! ¡hecha aún más horrible por ser consecuencia de una misericordia despreciada! Pero, ¿dónde está Noé? ¡Ah! A salvo en el arca, llevado por la ola. A salvo del diluvio; porque Dios «le cerró la puerta» (Génesis 7:16).

Por la mayoría de la gente, las evidencias de la pronta venida de Cristo se consideran insuficientes para basar la fe. Pero *notad*: el testimonio y los actos de un solo hombre condenaron a la gente destruida por el diluvio. Las evidencias entonces fueron suficientes, de lo contrario el mundo no habría sido condenado. Pero evidencias cien veces más convincentes nos llegan a raudales, de que el día del Señor está cerca y se apresura grandemente. Seguimos las numerosas cadenas proféticas de Daniel y del Apocalipsis, y nos encontramos en cada caso justo antes del día de la ira. Vemos las señales de las que hablaron los profetas, Cristo y las epístolas, cumpliéndose o ya cumplidas. Y en el momento adecuado, y de la manera correcta, para cumplir ciertas profecías, un mensaje solemne surge en diferentes partes del mundo: «Tocad trompeta en Sion, y dad alarma en mi santo monte; tiemblen todos los moradores de la tierra, porque viene el día de Jehová, porque está cercano.» (Joel 2:1). Dondequiera que miremos, vemos la profecía cumpliéndose. Mientras el conocimiento de Dios y el espíritu de santidad se están yendo, la maldad espiritual, como un diluvio, cubre la tierra.

Pero estas evidencias se consideran insuficientes para basar la fe. Bueno, ¿qué tipo de evidencia querrían los incrédulos? «Cuando las señales del fin», dice el escéptico, «se cumplan, serán tan claras que nadie podrá dudar.» Pero si las señales son de tal naturaleza, y se cumplen de tal manera que obligan a todos a creer en la venida de Cristo, ¿cómo puede ser como fue en los días de Noé? Los hombres entonces no fueron obligados a creer. Pero ocho almas creyentes fueron salvadas, mientras que todo el resto del mundo se hundió en su incredulidad bajo las aguas del diluvio. Dios nunca ha revelado su verdad al hombre de una manera

que lo obligue a creer. Aquellos que han querido dudar de su palabra, han encontrado un amplio campo en el que dudar, y un camino ancho a la perdición. Mientras que aquellos que han querido creer, siempre han encontrado una roca eterna en la que apoyar su fe.

Justo antes del fin, el mundo estará endurecido en el pecado e indiferente a las demandas de Dios. Los hombres serán negligentes al escuchar las advertencias de peligro, y cegados por las preocupaciones, los placeres y las riquezas. Una raza incrédula e infiel estará comiendo, bebiendo, casándose, construyendo, plantando y sembrando. Es correcto comer y beber para sustentar la naturaleza; pero el pecado está en el exceso y la glotonería. El pacto matrimonial es santo; pero rara vez se piensa en la gloria de Dios. Construir, plantar y sembrar, necesario para un refugio conveniente, alimento y vestido, es correcto; pero el mundo se ha entregado por completo a estas cosas, de modo que los hombres no tienen tiempo ni disposición para pensar en Dios, el Cielo, la venida de Cristo y el juicio. Este mundo es su dios, y todas sus energías de cuerpo y mente se inclinan para servirlo. Y el día malo es pospuesto.

El fiel centinela que toca la alarma al ver que se acerca la destrucción, es presentado ante la gente desde los púlpitos de nuestra tierra y por la prensa religiosa como un «fanático», un «maestro de herejías peligrosas»; mientras que, en contraste, se presenta un largo período de paz y prosperidad para la iglesia. Así, las iglesias son acalladas para dormir. El burlador sigue burlándose, y el escarnecedor escarnece. Pero su día se acerca. Así dice el profeta de Dios: «Aullad, porque cerca está el día de Jehová; vendrá como asolamiento del Todopoderoso. Por tanto, toda mano se debilitará, y desfallecerá todo corazón de hombre. Y se llenarán de espanto; angustias y dolores los oprimen; tendrán dolores como mujer de parto; se asombrarán el uno al otro; sus rostros serán como llamas. He aquí el día de Jehová viene, terrible, y de furor y de ira ardiente, para convertir la tierra en soledad, y raer de ella a los pecadores.» (Isaías 13:6-9).

¡Día más terrible! ¿Y está cerca? ¡Sí, se apresura! ¡Se apresura grandemente! ¡Qué descripción dada por el profeta! Leedla, y mientras leéis, intentad sentir cuán terrible será ese día: «Cercano está el día grande de Jehová, cercano y muy a

prieta; voz amarga la del día de Jehová; gritará allí el valiente. Día de ira aquel día, día de angustia y de aprieto, día de alboroto y de asolamiento, día de tinieblas y de oscuridad, día de nublado y de entenebrecimiento, día de trompeta y de algazara sobre las ciudades fortificadas, y sobre las torres altas. Y atribularé a los hombres, y andarán como ciegos, porque pecaron contra Jehová; y la sangre de ellos será derramada como polvo, y su carne como estiércol. Ni su plata ni su oro podrá librarlos en el día de la ira de Jehová, sino que toda la tierra será consumida con el fuego de su celo; porque ciertamente hará consumación apresurada de todos los moradores de la tierra.» (Sofonías 1:14-18).

Ahora oímos el clamor de «paz y seguridad» desde el púlpito, y por todo el camino hasta el bar. «¿Dónde está la promesa de su advenimiento?», (2 Pedro 3:4) se murmura desde los labios impíos de mil burladores de los últimos días. Pero la escena cambiará rápidamente. «Cuando digan: Paz y seguridad, entonces vendrá sobre ellos destrucción repentina, ... y no escaparán.» (1 Tesalonicenses 5:3). El escarnio del burlador altivo pronto se convertirá en lamentos y aullidos. «La altivez del hombre será abatida, y la soberbia de los hombres será humillada; y Jehová solo será exaltado en aquel día. Porque el día de Jehová de los ejércitos vendrá sobre todo soberbio y altivo, sobre todo enaltecido; y será abatido.» (Isaías 2:11, 12). «Y los muertos de Jehová serán en aquel día desde un extremo de la tierra hasta el otro; no se endecharán ni se recogerán ni serán enterrados; como estiércol quedarán sobre la faz de la tierra.» (Jeremías 25:33).

Las últimas plagas, en las que se colma la ira de Dios, ahora embotellada en el Cielo, esperando que la misericordia termine sus últimas súplicas, serán derramadas. ¡Ira de Jehová sin mezcla! ¿Y ni una gota de misericordia? ¡Ni una! Jesús se despojará de su atuendo sacerdotal, dejará el propiciatorio y se vestirá con las vestiduras de la venganza, para nunca más ofrecer su sangre para lavar al pecador de sus pecados. Los ángeles enjugarán la última lágrima derramada por los pecadores, mientras el mandato resuena por todo el Cielo: *Dejadlos solos*. La iglesia que gime, llora y ora en la tierra, que en el último mensaje emplea todo su poder para hacer sonar por todas partes la última nota de advertencia, para que la sangre de las almas no se halle en sus vestiduras, ahora está libre de su carga

de trabajo. El Espíritu Santo ha escrito dentro de ellos estas palabras proféticas de su Señor pronto esperado: «El que es injusto, sea injusto todavía; y el que es inmundo, sea inmundo todavía; y el que es justo, sea justo todavía; y el que es santo, santifíquese todavía.» (Apocalipsis 22:11).

Ahora los ministros de la verdad tienen un mensaje para la gente y con gusto pronuncian las palabras de vida. Con alegría siguen trabajando, sufriendo y gastando sus energías en predicar a corazones tan duros como el acero, esperando que algunos puedan ser alcanzados, reunidos en la verdad y salvados. Pero entonces no tendrán mensaje. Ahora sus oraciones y fuertes clamores suben al Cielo en favor de los pecadores. Entonces no tendrán espíritu de oración por ellos. Ahora la iglesia dice al pecador: *Ven*; y Jesús está listo para interceder con su sangre en su favor, para que sea lavado de su pecado y viva. Pero entonces la hora de la salvación habrá pasado, y el pecador será encerrado en oscuridad y negra desesperación.

Será un día de luto, lamentación y hambre por oír las palabras del Señor. «Convertiré vuestras fiestas en luto, y todas vuestras canciones en lamentaciones; y haré poner cilicio sobre todo lomo, y que se rape toda cabeza; y la haré como el llanto de hijo único, y su final como día amargo. He aquí vienen días, dice Jehová el Señor, en los cuales enviaré hambre a la tierra, no hambre de pan, ni sed de agua, sino de oír la palabra de Jehová. E irán errantes de mar a mar; desde el norte hasta el oriente discurrirán buscando palabra de Jehová, y no la hallarán.» (Amós 8:10-12).

Ahora, la palabra del Señor puede ser oída; pero los pecadores, dentro y fuera de las iglesias, con pocas excepciones, no la valoran. Entonces, no será oída; pues los centinelas, puestos para vigilar y tocar la alarma de peligro, serán bajados de sus altas posiciones. Ahora, la palabra del Señor es llevada al pecador, y ofrecida sin dinero ni precio; pero él la trata con descuido, o, tal vez, echa al humilde siervo de Cristo de su puerta. Pero entonces él irá en su búsqueda. «E irán errantes de mar a mar; desde el norte hasta el oriente», (Amós 8:12a) pero no podrán oírla. «Discurrirán buscando palabra de Jehová, y no la hallarán.» (Amós 8:12b). De ciudad en ciudad, de estado en estado, de un país a otro, irán a buscar

un hombre comisionado del Alto Cielo para hablar la palabra del Señor, pero tal hombre no será encontrado. Todos ellos habrán terminado entonces su alta comisión. ¡La palabra del Señor! ¡La palabra del Señor! ¿Dónde podemos oírla?, se escucha en toda tierra. Un lamento general —¡la palabra del Señor!— sube al Cielo, pero los cielos son de bronce. Entonces la gente se volverá y desgarrará a los falsos pastores, quienes los engañaron con el clamor de «paz y seguridad». Los hijos reprocharán a los padres por impedirles caminar en la verdad, y los padres a sus hijos.

El avaro ahora ama su dinero, y lo sujeta con mano de hierro. Pero en aquel día se dirá: «¡Vamos ahora, ricos! Llorad y aullad por las miserias que os vendrán. vuestras riquezas están podridas, y vuestras ropas están carcomidas. Vuestro oro y plata están enmohecidos; y el moho de ellos será un testimonio contra vosotros, y devorará vuestra carne como fuego. Habéis acumulado tesoros para los últimos días.» (Santiago 5:1-3). Ahora, la plata y el oro pueden usarse para la gloria de Dios, para el avance de su causa. Pero en aquel día, «arrojarán su plata por las calles, y su oro será tenido por inmundicia; ni su plata ni su oro podrán librarlos en el día de la ira de Jehová.» (Ezequiel 7:19).